

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS ESTADOS UNIDOS EN 1973 (3)

El comienzo de la década de los 60 significó un paso decisivo en la sociedad americana. Al relativo estatismo de los años de Eisenhower siguió una movilización general de la vida colectiva en los Estados Unidos. Hay una greguería de Ramón Gómez de la Serna que dice: «Al inventarse el cine, las nubes paradas en las fotografías comenzaron a andar». Esto pareció suceder al comenzar la presidencia de Kennedy, al principio de 1961. John Kennedy significaba sobre todo una retórica, un sentido programático, de futurición. Por eso hizo posible la participación de todos —hasta de los extranjeros— en la empresa americana: todos se sentían envueltos en lo que Kennedy proponía, realizaba, inventaba; todo lo que le pasaba, le sucedía a todo el mundo. Rara vez ha habido un gobernante tan «futurizo», tan proyectado hacia el futuro, como lo fue Kennedy. Uno de sus mayores aciertos fue el lema que eligió para su política: New Frontier. La nueva frontera. El acierto consistió en hallar un viejo nombre ilustre y estimulante del pasado americano —tan presente siempre— y ponerle una espoleta de innovación. La frontera era ya la empresa, valía tanto como decir empresa americana; pero ahora era otra, era «nueva»; no estaba ya en el Wild West, sino en la transformación de la sociedad americana y más allá, en el mundo.

Dice Menéndez Pidal que Enrique IV no respetó nada, faltó a todas las normas y las leyes, despreció los usos y los ritos, escarneció cuanto tenía prestigio, y no inventó nada, no trajo ninguna innovación. En cambio, su hermana Isabel, severa, rigurosa, tradicional, respetuosa de todo lo respetable, realizó la más profunda transformación de España, fue la gran innovadora de nuestra historia.

Lo grave es que la política de Kennedy duró sólo mil días. Su muerte produjo una tremenda impresión en los Estados Unidos. Significó la irrupción del mal, violentamente, en una sociedad que confiaba demasiado en que era siempre dominable, superable. Fue una grave sacudida de la confianza americana; confianza en el hombre, en la bondad general, en el éxito, hasta en la buena suerte.

¿Era un crimen individual, casi azaroso, sin justificación, uno de esos crímenes «gratuitos» que tan caros están costando a nuestro tiempo? ¿Era una conspiración? La primera hipótesis era inverosímil, sobre todo después de la muerte violenta del presunto asesino. Eran demasiados dementes, demasiados insensatos: one madman too many (un loco de más), pensé yo entonces. Pero el caso es que los innumerables intentos de probar la conspiración se estrellaron sin conseguir nada, en un país abierto a la investigación y al comentario hasta un grado que cuesta imaginar fuera de él. En todo caso, la muerte de Kennedy introdujo la sospecha, la desconfianza, la inseguridad, la conciencia de que el hombre está expuesto a lo imprevisible, que los proyectos más complejos y bien organizados se pueden venir abajo por la incertidumbre de la maldad o la mala

NUEVA FRONTERA Y LEYENDA NEGRA

suerte. Este era el clima que hizo posible la aceptación, la adopción de la «leyenda negra».

...

La «leyenda negra» no debe confundirse con los ataques, la hostilidad o incluso la difamación. Hace unos cuantos años, encontré por casualidad en Oslo a un profesor americano, de California, Philip Powell; me dijo que estaba escribiendo un libro sobre la Leyenda Negra española; me eché a reír y le dije que, como americano actual, lo entendería muy bien; me contestó que ese era exactamente su punto de vista, que estaba estudiando el viejo hecho histórico a la luz de su experiencia presente. No volví a saber más de él; hace poco tiempo apareció su libro, Tree of Hate (Árbol de odio); tiene algunas cosas menos de lo que yo hubiera deseado, y quizás algunas más, pero en conjunto es excelente y ayuda de un modo extraordinario a comprender las cosas. Permite ver, por ejemplo, que las dos fuentes abrumadoramente importantes de la Leyenda Negra fueron la Brevísima historia de la destrucción de las Indias, de Fray Bartolomé de Las Casas, y las Relaciones de Antonio Pérez. La primera de estas obras, publicada en Sevilla en 1552, editada por lo menos treinta y tres veces hasta la Paz de Westfalia (1648), en casi todas las lenguas europeas y en latín, algunas con las horribles ilustraciones del holandés Teodoro de Bry de 1597, fue reimpresa en la Alemania hitleriana, en 1936, con sus grabados, y con el claro propósito que revelaba su título: Im Zeichendes Krüzes (Bajo el signo de la Cruz). Don Ramón Menéndez Pidal, en su libro El Padre Las Casas y Vitoria (1958) y, sobre todo, en El Padre Las Casas. Su doble personalidad (1963), mostró la patológica deformación de la realidad que Las Casas ejecutó sin descanso. Pero no es esto lo que aquí me interesa, sino más bien otra cuestión: en qué consiste la Leyenda Negra como forma histórica.

Su esencia consiste en lo siguiente: se proyecta sobre toda la realidad histórica de un país cualquier suceso o aspecto individual y singular. Al lado de Enrique VIII de Inglaterra, nuestro Felipe II era una hermana de la Caridad; pues bien, cuando se habla del primero, se puede señalar su crueldad o sus abusos, tal vez se recuerda «la dureza de los tiempos»; a nadie se le ocurre declarar incapacidad a Inglaterra porque en ella ocurrieron el siglo XVI tales cosas. El episodio del Príncipe don Carlos sigue proyectando su sombra siniestra sobre toda la historia española, las hogueras de la Inquisición parecen seguir ardiendo; la muerte de Atahualpa puede muy bien contrapesar la existencia de veinte países hispánicos, mientras que las matanzas de la Saint Barthélemy, en 1572, fueron un episodio enojoso debido a la violencia de la pasión religiosa. En la segunda mitad del siglo XVIII, el Chevalier de la Barre, joven francés elegante y libertino, con algunos amigos, cometió unos cuantos actos de impiedad: no se arrojaron al paso del Santo

Sacramento, cantaron canciones irreverentes, uno de ellos golpeó una imagen fueron debidamente procesados, recibieron la «cuestión ordinaria y extraordinaria» (tortura que trituraba las piernas), fueron conducidos al patíbulo, se les cortó la mano derecha, luego a uno de ellos la cabeza (y se quemó su cuerpo), el Chevalier de la Barre fue quemado vivo. Por los mismos años la Inquisición española procesó a Pablo de Olavide, hizo un «autillo», lo condenó a no poder vestir de seda, ni montar a caballo, ni tener cargos públicos; prisión y penitencia (y lo dejó marchar a Francia a los pocos meses). Se habló en toda Europa de Olavide, que fue el escándalo de la época; todavía se escriben libros sobre él. Cuesta mucho trabajo encontrar referencias al Chevalier de la Barre, de quien nadie se acuerda (su sentencia está completa en el Dictionnaire Antiphilosophique, del que poseo un ejemplar). Si en España se hubiese producido la gran atrocidad de la Commune (completada por la no menos atroz represión de los Versaillais), en cuanto alguien expresara esperanza o proyectos para el futuro se nos recordaría lo que pasó en 1871. Y así sucesivamente.

Nada pasa; todo queda y vale para siempre; todo lo negativo mancha la Historia entera, hasta retrospectivamente la anterior, y condena sin remisión el futuro. Este es el mecanismo de ese proceso que llamamos «Leyenda Negra».

¿Cuáles son las condiciones, los «requisitos» para que la Leyenda Negra pueda producirse? Creo que principalmente tres: 1) Ser importante. 2) Ser secretamente admirado. 3) La existencia de algún tipo de «organización» adversa.

La importancia de España en el siglo XVI es evidente: estaba en todas partes, dominaba gran parte de Europa y un inmenso Imperio ultramarino, tenía un ejército que no se conseguía vencer, estaba en vanguardia en casi todas las disciplinas, era de una eficacia que sorprendía a los demás europeos. Por otra parte, todo el mundo hablaba en contra suya, pero todo el mundo la imitaba: se admiraba su sosiego, la «gravedad española» (y estas palabras pasaban a otras lenguas, así como su desenvoltura); los portugueses escribían en español; italianos, franceses y otros aprendían la lengua, se traducían, y muy pronto, a los escritores españoles; eran modelos humanos (léase El Cortesano, de Castiglione); los europeos se vestían a la española. Finalmente, había varias organizaciones: los judíos expulsados en 1492, inconsolables y todavía no nostálgicos ni reconciliados; los rivales de Carlos V en el Imperio; los protestantes, a causa de la Contrarreforma, sobre todo los ingleses; los flamencos, divididos y oprimidos; los italianos, en gran parte sometidos al dominio o la influencia de España. Para todos estos había motivos, y una compleja organización de propaganda funcionó con riqueza de recursos. Pero no olvidemos que la fuente capital eran ciertos sucesos (que no sucedieron) a principios del siglo XVI en el Mar de las Antillas.

Julián MARIAS

LEER Y ESCRIBIR

OTROS TEMAS DE HISTORIA

POCO a poco, la llamada «historia de la cultura» ha ido completando su repertorio de temas. Primero, y durante mucho tiempo, centró su interés en la biografía de sus protagonistas. ¿No comenzó así lo de la pintura con las «Vite» del Vasari? Eugenio d'Ors aún solía burlarse de las últimas derivaciones de esta inercia, meramente eruditas ya: «se limitan a hablar de las cuñadas y de los yernos del pintor», decía, más o menos. Lo cual no era precisamente superfluo, desde luego, aunque de momento nadie le sacase el provecho debido. Se pasó, después, a historiar el arte «en sí»: el arte, la literatura, la filosofía, la ciencia. Es decir, la atención recaía sobre los «productos», como si tuviesen existencia independiente, y los especialistas trataron de poner en claro la sucesión de los estilos, el trenzado de las ideologías, el juego de las influencias. Una «historia social» vino a replantear las cosas. El «producto» y el «productor» eran situados en su estricto correlato, y ambos, a la vez, en la textura dialéctica de la sociedad a que pertenecían. Los datos «biográficos» recuperaban validez, en la medida en que proyectaban una u otra luz sobre el «trabajo» del artista o del escritor, o lo relacionaban con factores geográficos o nacionales de obvia trascendencia. Naturalmente, la figura del «consumidor» aparecía en escena. ¿Con el relieve adecuado?

A estas alturas, y con una mayor o menor exactitud, sabemos cómo funcionaba la «cultura», por ejemplo, en el siglo XV, en el XVII: las aulas y los conventos, en unos casos; el taller o la taberna, en otros. Los archivos nos revelan el origen de tal o cual retablo, y, con ello, el «modus operandi» del artista. La venerable y nunca bastante alabada institución del «mecenas» explica muchas cosas, además. La «cultura» fue y sigue siendo «parasitaria», en alto grado: alguien «paga», y no siempre a través de la compraventa. Pero el «consumo» de la «obra» no acaba en el trámite del jornal, sea sincero o de beneficencia. Me parece que éste es un punto todavía no precisado en las «historias sociales»

al uso. Y muy difícil de precisar, al fin y al cabo. ¿Qué «clientes» pudo tener el fantástico tebeo de la Capilla Sixtina? ¿Y las estancias vaticanas de Rafael? Los mirones —y eso pide la pintura— no pudieron ser muchos, ni indiscriminados. ¿La música? Continué pensando en el Renacimiento. Hoy, Palestrina es un disco: un disco accesible para la clase media inferior de todo el mundo. O Buxtehude. O Cabanilles. En su época ¿qué alcance podían tener los compositores más conspicuos? ¿Y los libros? Los libros, para la ciencia y para la literatura, empezaron a ser un vehículo «democrático» a partir de Gutenberg. ¿Qué público tuvieron, han tenido?...

Las respuestas exigirían una casuística complicada, que quizá los historiadores nunca lleguen a resolver sino a nivel de detalles municipales. De todos modos, el asunto del libro se plantea en términos diferentes. «Ver» pintura o escultura, «oír» música, son actos que, en principio, no piden «condiciones» previas. El libro ofrece otra perspectiva. Digo el libro y no la literatura. La literatura pudo tener una transmisión oral, por supuesto. Pero a partir de la imprenta, la literatura ya es definitivamente una cuestión de «letras»: de letras para leer. Y la premisa es ésta: la «cultura» escrita implica en su público —en su clientela— el «saber leer». Si de la amena cúspide de la poesía, la metafísica o la novela, descendemos a las idas y vanidas de la vida diaria, «saber leer y escribir» se convierte en una necesidad más o menos relativa, que afecta a los negocios, a la economía doméstica, a los lazos familiares. A este nivel, «saber leer y escribir» constituye una referencia de base. Sea como fuere, el hecho de la «alfabetización» se interfiere abruptamente en el panorama. «Escribir» es asunto de pocos, y otros pocos podrían patrocinarlo. El papel impreso, en plena calle, proponía una opción de «consumo» amplia y diversa. ¿Cómo y cuándo cuajó?

Tengo entendido que quienes se dedican a la «historia demográfica» toman en cuenta la pre-

gunta. Pero sólo a tenor de la documentación más cómoda: la más reciente, condensada en censos de población ya insertos en la maniobra estatal de la «instrucción pública». En estas diligencias administrativas, el vecino había de contestar «sí» o «no» en la casilla de «¿Sabe leer y escribir?». Como todas las encuestas, que encuesta era el «censo», el resultado no acababa —no acaba— de ser verosímil. Porque ¿qué es «saber leer y escribir»? Según mis noticias, los sociólogos anglosajones —ingleses, en concreto— distinguen entre «literacy» y «alphabetism». Por «literacy» se comprende la capacidad de leer y escribir con pleno efecto; «alphabetism» supondría una forma elemental de instrucción, apenas reducida a leer a trompicones y a dibujar pensosamente unas letras (quizá sólo una firma). Creo que se podrían añadir matices, que serían importantes de cara a según qué tipo de lectura o de escritura. Pero ya podríamos sentirnos contentos si, de algún modo, la investigación histórica llegase a hilar tan delgado. No es de esperar que eso ocurra. Ni mucho menos. Con los censos, por la rudeza de su encasillado; antes de los censos, por el vacío —o casi vacío— de informaciones... Sin embargo...

Digo «casi vacío», y eso «casi» no es desdeñable. En la revista «Quaderni Storici», de Ancona, encuentro una sugestiva monografía sobre el particular. Una paciente indagadora, Maria Ricciarda Duglio, intenta puntualizar el volumen de la «alfabetización» en el Turín del siglo XVIII. He repetido su perplejidad frente a la «literacy» y el «alphabetism». Su estudio, porque no podía tener otro fondo, se resigna al «alphabetism», al «saber leer y escribir» más primario. Y con restricciones, además. Su fuente son las notarías de Turín —y las parroquias, como referencia última—: los contratos matrimoniales han de ser suscritos «de puño y letra» por los interesados, y ahí se abre una pista. No todos los novios se veían en ese caso: sólo los ricos, o los medianamente ricos. Pero algo es algo. Los porcentajes se prestan a afinadas discusiones. No es

para dudarlo... Salta a la vista una «conclusión» aproximativa: alcanzamos a saber cómo iban las cosas. «grosso modo», en cuanto a la posibilidad de lectura. Las clases subalternas, cuya finalidad conyugal excluía al notario, quedan fuera del cómputo. No es de suponer que fuesen más «instruidas», justamente. El panorama, sin ser demasiado pulcro, posee un valor indiciario considerable. Empezamos a adivinar quién sabía leer y escribir. O, si se quiere, quién no sabía hacer lo uno ni lo otro...

Entre nosotros, que yo sepa, aún no se han intentado «calas» de esta especie. Habrían de ceñirse al Setecientos, supongo. Los archivos del país no permitirían ir más lejos —tampoco los de otros sitios—, y quizá muy raramente. Pero sería una etapa singularmente representativa. Es la época en que la «lectura» empieza a ser regular y factible, gracias a la política «ilustrada» y a la industria tipográfica levemente enérgica. ¿Quién leía, pues? O mejor dicho: ¿quién podía leer, quién estaba en condiciones de leer? ¿En latín, en castellano, en catalán? Deje a un lado los «clerics» —los «doctos», cuyo oficio era exactamente la lectura y la escritura... Convendría que alguna cátedra se aviniese a promover tesis o tesis sobre el particular. Por parciales —locales— que sean, siempre serán reveladoras, dentro de ese arte de la conjetura que es la «historia». Ayudarán a concretar las demás evidencias disponibles: la bibliografía del momento, el movimiento de librerías, la tenebrosa lucha académica... No hay que olvidar que la vida —y, después, la historia— no comienza ni termina en «demografías», «cosechas», «precios», «ciclos económicos», «estructuras de la propiedad», y demás mecanismos insolentes. Lo otro también importa. Para la alienación o para la desalienación, el «saber leer y escribir» es fundamental...

Joan FUSTER

HOSTAL ANTIC PRIORAT

Placa Mérito Turístico 1973
CALEFACCION CENTRAL
HABITACIONES CON BAÑO
COMINA TIPICA ESPECIALIZADA
PARQUE INFANTIL

En plena naturaleza, desde donde podrán realizar excursiones a Prades, Ciurana, Poblet, Montsant, etc. Un lugar ideal para el reposo. Teléfono 3 - POBOLEDA (Tarragona) a 4 Kms. de Scala Dei

TIMWEAR

Paris

*

Colección

primavera-verano 1974

Cia. Mediterránea de Export. - Import.
Tels. 224 50 59 - 270 29 85
Zurbano, 56 - Madrid-10

¡EN 3 DIAS!

instalamos a medida

CORTINAS y VISILLOS

Tergal y Crlenka

AL PRECIO DE COMPRA POR METRO

PIDA PRESUPUESTO SIN COMPROMISO - Teléfono 224 61 29